

Don Pedro Rico, Alcalde de Madrid, habla a los pueblos hermanos de América

(Copia para LIBERACION)

Pueblos hermanos de América: Por la modestia de mi expresión váis a oír la voz de la vieja España en un momento solemne de su Historia, tan solemne quizá como aquel de las postrimerías del siglo xv, en que describiendo rutas en el mar, descubría tierras en el continente americano. Hoy abre los caminos de su espíritu y otea también horizontes lejanos para su liberación absoluta.

Hablo en nombre de la vieja España porque represento, por la voluntad popular, a su capital, al Madrid que luchó constantemente por todas las causas nobles, al que prestó su cooperación a todas las obras emancipadoras, al que no regateó nunca ni sacrificios ni heroísmos y que conocido es en el mundo por su nobleza e hidalguía.

No os voy a descubrir a nadie al deciros quiénes son los enemigos que frente a la República pelean. Conocidos son de todos nosotros. Cuando os digan que son la representación de España y de su Ejército, que pelean contra un Gobierno marxista, decidles que mienten, decidles que son la representación de la España cerril, de la España caduca, que pelea frente a la España joven, frente a la España que venía luchando desde el siglo xv hasta el momento actual por encontrar la hora de su liberación, y que por culpa de ellos marchó retrasada dos o tres siglos en el progreso del mundo. Son los que en la colonización americana dejaron aquel triste recuerdo que todos tendréis en el corazón y en el cerebro.

Ellos son los que en aquella época, representaban la oposición al espíritu liberal, que, nacido de los Fueros y de las Cartas Pueblas, habría de informar las Leyes de Indias. Los que luchan hoy frente a nosotros son los mismos que en el siglo xix se oponían a vuestra emancipación; los representantes de la España del tormento inquisitorial; los que llamaban filibustero a Pi y Margall cuando alzaba su voz de exaltado y puro patriotismo, para defender los derechos de las colonias americanas; los que defendían los intereses de los negreros frente al principio humano, moral y religioso, que concedía la libertad a todos los hombres.

Son, en una palabra, los que os quisieron aherrojar y sacudisteis su yugo, y los que a nosotros nos aherrojan todavía, a pesar de la expresión firme de la voluntad nacional, manifestada tres veces por el pueblo español en los comicios.

Estos generales, que se sublevan y sublevan a todo el Ejército y utilizan las armas que son de la nación y del Estado, para ponerlas frente al mismo Estado, ¿por qué no quieren que gobiernen los que tuvieron el voto popular? Porque no quieren que haya en España República, a pesar de que la República es el Gobierno más legítimamente constituido que ha reconocido la Historia; porque es el único que

nació sin el amparo de la fuerza, sin la protección de la violencia, el único que surgió simplemente victorioso de las urnas electorales.

Pues estos generales, que quieren oponerse al pueblo, no se sublevaron cuando el Ejército se derrumbaba en Monte Arruit, no sintieron el sonrojo de la vergüenza, cuando la vesania de un insensato, en complicidad con un rey perjuro, sojuzgaba la voluntad del pueblo e instauraba un Gobierno militar, que había de demostrar ante la Historia que los que eran incapaces para la guerra eran también incapaces para el Gobierno; y habían de dar cumplimiento a aquella frase, que era una profecía, de un político que tan poco dudoso puede ser en mis labios como D. Antonio Maura, cuando dijo: "Que gobiernen los que no dejan gobernar".

Los que no dejaban gobernar, gobernaron. Y lo hicieron con una dictadura, que no fué trágica porque fué, más que trágica, pintoresca. Y al caer lo hicieron con la execración española y con la risa universal.

La República fué pródiga con ellos; remedió los errores de la monarquía; aumentó sus pagas y sus prestigios; y, generosa, hidalga, como correspondía al pueblo español, les dijo: "El que no quiera servirla, apártese de ella, y allá va la paga íntegra para que no digáis que por haceros contrariar vuestra fe monárquica, cambiándola en fe republicana, os condenamos al hambre".

Hace tres años estaba en la jefatura del Estado Mayor Central el general Franco, jefe hoy de la sublevación. Pues este jefe de la sublevación, cuando se celebraron unas oposiciones de coroneles para ascender al generalato, fué el encargado de designar el tema. ¡Y el tema de las oposiciones era la toma de Madrid por columnas que vinieran de Extremadura y Andalucía!

Yo os he de referir episodios pequeños de estos momentos solemnes de la historia de Madrid. La he presenciado toda. Desde los balcones del Ayuntamiento recordaba yo las páginas de la Historia que había leído, y los hechos vividos por mí en contacto íntimo con el pueblo.

Al sentir el bombardeo del cuartel de la Montaña, y más lejano el estampido del cañón en Cuatro Vientos; al pensar que todo el Ejército de España se alzaba contra la misma España, me conmovía el entusiasmo de una multitud durmiendo en los peldaños de las escaleras municipales, en espera impaciente del momento en que una voz de mando reclamara cincuenta o cien hombres para pedir un sitio de combate y lanzarse a pelear alegre, cantando y vitoreando a la República, a la conquista del triunfo, de la muerte, pero también de la inmortalidad y de la gloria.

Hoy nos une a todos, hermanos de América, un grito, un deseo y un anhelo. Este grito, este deseo y este anhelo se traducen en algo que es simbólico para nosotros: República liberal, democrática. Por eso todos, socialistas, comunistas, republicanos, hombres liberales, lanzan, como síntesis de la aspiración de este momento histórico, un solo grito, que yo, en nombre de España, transfiero a esa América joven y fuerte, ligada a nosotros por vínculos de hermandad, por vínculos de la Historia, y a la que quiero llegar con el eco de nuestras viejas amistades y de la lengua inmortal de Cervantes, para pedirnos que gritéis con nosotros, lo que gritamos todos desde el corazón a los labios: ¡Viva la República democrática!

Madrid, 25 de agosto de 1936.